

## 2 DE ENERO, OCTAVA DE NAVIDAD (Ciclo C)

Juan 1, 19-28

Juan el Bautista es interrogado por sacerdotes y levitas sobre quién es. Aunque le ofrecen títulos importantes como el Mesías, Elías o el Profeta, él rechaza todos, declarando: «Yo soy la voz que grita en el desierto: “Allanad el camino del Señor”, como dijo el profeta Isaías».

La enseñanza clave aquí es la humildad, y lo que se llama espiritualmente “la rectitud de intención”. Juan reconoce que no es el centro de la historia; su misión es preparar el camino para Jesús. Una vez llega Jesús, se acabó Juan. Él sabe que su misión no es destacar, ni buscar protagonismos personales, sino desvanecerse, desaparecer, llevar a Cristo. Por eso, cuando aparece el Señor, Juan le señala y dice a sus discípulos: “Este es el Cordero de Dios”. Y los que hasta entonces eran sus discípulos, lo abandonan a él para seguir a Jesús.

La Palabra de Dios me interroga sobre mis verdaderas intenciones interiores. ¿En lo que hago, en lo que digo, busco sobre todo la gloria de Cristo, o busco que me consideren, que me tengan en cuenta, que me admiren, ni que sea un poquito?

Pidamos en esta Eucaristía ser como Juan, recordando que nuestras palabras y acciones deben apuntar a Jesús, el verdadero y único Salvador. En lugar de buscar reconocimiento, trabajemos con la humildad de María y de José, con la humildad de los santos, para que otros encuentren el camino hacia Él.